

NECROLOGÍA

JOSÉ JESÚS GÓMEZ ASENCIO (1953-2022)*

Carmen Quijada Van den Berghe
Universidad de Salamanca
carmenq@usal.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4575-1599>

No es fácil compendiar —*quintaesenciar* diría él— una larga e intensa trayectoria académica como la de José Jesús Gómez Asencio: ramificada, intermitente y muy rica en matices. Es mi intención, como él hizo hace dos décadas con su maestro Antonio Llorente Maldonado en esta misma publicación —de donde tomo prestado el título (Gómez Asencio, 2000)—, (“Esto no es una nota necrológica”, Gómez Asencio, 2000), homenajear su vitalidad, fuerza y energía tan características hacen imposible enfocar estas líneas desde una perspectiva rígida, solemne o sombría.

Lo que se va a contar debería caber más bien dentro del género de la *semblanza*, entendida en la acepción primera del diccionario académico como “retrato o bosquejo biográfico de una persona” (*DLE*, 2014) y aplicada más concretamente a su trayectoria docente e intelectual. Por lo tanto, de la misma manera debería ceñirse —acudo a un ejemplo gramaticográfico— a la idéntica función de todo compendio o epítome gramatical, que consiste, siguiendo las palabras de Pepe, en “mantener dentro lo importante, lo trascendental y de sacar afuera lo que se supone superfluo” (Gómez Asencio, 2016: 450). Ocurre, sin embargo —para desgracia del lector—, que la que escribe tiene especial predilección por lo insignificante y la memoria nunca ha sido su fuerte; de ahí que a la parcialidad y subjetividad intrínsecas que conlleva este género haya que añadirse cierto descuido propio. Confío en que sean benévolos. De este modo, lo que sigue será un recorrido por ciertos lugares, momentos, personas, palabras

* A Olivia y a Elio J., savia nueva.

y textos, que, bajo mi punto de vista, son clave para entender su personalidad y su quehacer profesional.

José J. Gómez Asencio nació un 4 de mayo de 1953 —tauro— en Estepa. Lo del signo del zodiaco es una de esas insignificancias a las que me acabo de referir y que, sin embargo, debió de ser importante durante la supervisión de mi tesis doctoral. O eso al menos me contó un día.

A pesar de vivir en Salamanca desde hacía más de 40 años, de Estepa conservaba muy preciadamente recuerdos de su infancia, su familia —sus padres Juan Antonio y Pastora y sus hermanos mayores—, olores, sabores, paseos, colegios (antes y después de los frailes), expresiones y sonidos, y, desde abril de 2016, la Medalla de Oro de la ciudad. Orgulloso y emocionado aquel día el estepeño ilustre (uno de los más importantes de su vida), para quien por encima de todo reconocimiento profesional estaba el humano. En Sevilla estudió el bachillerato y parte de su licenciatura en Filosofía y Letras, que terminó finalmente en la Universidad de Salamanca en 1975, en la sección de Filología Románica.

En la Universidad de Salamanca fue muy bien acogido y se adaptó a la meseta castellana y a la docta casa dentro del grupo de discípulos de eminentes filólogos y lingüistas como Antonio Llorente, Eugenio de Bustos, José Luis Pensado o César Real de la Riva. Su currículum revela una proyección intelectual y profesional sólida, eficaz, imparable: defendió su tesis doctoral en 1980, logró la cátedra en menos de diez años (1989), entre 1992 y 1995 dirigió Cursos Internacionales de la Universidad de Salamanca —buque insignia de la enseñanza del español a extranjeros en este país—, a continuación dirigió el Máster *La enseñanza del español como lengua extranjera* durante ocho años (1996-2004), fue Vicerrector de Profesorado y Organización académica (2007-2009), Rector Magnífico en 2009 y académico correspondiente de la Real Academia Española desde 2015. Puede ser cierta esa afirmación suya de que después de todo eso se tomaba la vida de otra manera (Gómez Asencio, 2020: 57), pero solo parcialmente. Porque a partir de 2009 comenzó a intensificarse la lectura de tesis doctorales dirigidas por él (desde entones y hasta 2022, once; prácticamente a una por año) y creó oficialmente una unidad de investigación reconocida por la Junta de Castilla y León y por la Universidad de Salamanca; en definitiva, su escuela echó a andar y recogió los frutos que pacientemente había ido sembrando a lo largo de sus 46 años de magisterio.

El 30 de junio de 1980 defendió su tesis doctoral bajo la dirección de Don Antonio Llorente, titulada *Gramática y categorías gramaticales en la tradición española. 1771-1847* (Gómez Asencio, 1981 y 1985). Y 18 años más tarde lo conocí, en mi primera clase de carrera un viernes lluvioso de finales de septiembre. Para entonces, tras 30 años de experiencia docente, la fama del profesor Gómez Asencio estaba absolutamente consolidada entre los alumnos: Asencio le llamaban algunos, más distantes; Pepe, la inmensa mayoría. Y otros no le llamaban de

ninguna manera, porque les asustaban su barba, sus gafas de pasta, la voz grave y carcajada poderosa o tal vez la profundidad metafísica de los fonemas, quién sabe.

Aunque pueda parecerlo, no es anecdótico este comienzo porque en sus clases ya intuimos —todos: los que aprendieron con él durante la carrera y los que seguimos también después de ella— muchas de sus cualidades como formador e investigador, y como persona: afable, curioso, bromista, riguroso, trabajador, cuidadoso. Su estilo en la oratoria será identificado e inevitablemente recordado por cualquiera que haya tenido la ocasión de escucharle (diría que son bastantes, a tenor de los cursos y conferencias que dictó en más de 50 universidades españolas y extranjeras). En efecto, de aquella primera clase de *Fonética y fonología españolas* —la más importante del curso y una de las más difíciles e imponentes, me diría después—, recuerdo con nitidez al menos cuatro cosas: un discurso magníficamente construido, una cercanía distante bien calculada, una obsesión por aquellas unidades tan insignificantes (los fonos) y un “mis niños” con ese aspirada ([mih nĩnoh]) extemporáneo y asombroso que nos dejó con la boca abierta. Esos —para nosotros— folklóricos exabruptos, emitidos tras una inesperada pausa en mitad de un razonamiento complejo y extensamente desarrollado, eran pequeños salvavidas para salir a la superficie y a la risa aliviada, antes de la estacada final y retorno a los infiernos lingüísticos.

A pesar de que la fonética y la fonología del español le acompañaron prácticamente desde sus inicios docentes —en los últimos años más la segunda que la primera; “es que la Fonética es sota, caballo y rey; la Fonología ya es otra cosa”— e investigadores a través de su trabajo de campo dialectológico en las encuestas con su maestro Llorente para el *Atlas Lingüístico de España y Portugal (ALEP)* en Salamanca, y Zamora primero (volcadas en el *Atlas Lingüístico de Castilla y León*, 1999), y en Extremadura después. A pesar, por tanto, de que esa materia era su carta de presentación ante los alumnos primerizos y de que para algunos de ellos incluso fue su única faceta, sus intereses fueron mucho más allá: enseñanza y aprendizaje de español como lengua extranjera, sintaxis sincrónica del español estándar, dialectología española contemporánea y, por supuesto, la niña de sus ojos, la historiografía de las ideas gramaticales y lingüísticas en España. Un espectro realmente amplio que solo un filólogo y lingüista de su categoría puede abarcar con esa profundidad, finura analítica y crítica razonada tan raras, poco comunes.

Pues bien, esa carta de presentación ante promociones de futuros filólogos que era el universo de lo pequeño y lo sonoro no supuso un porcentaje muy alto en el conjunto de sus publicaciones, pero sí cristalizó en cambio en la elaboración de unos pocos trabajos decisivos: sus estudios sobre la definición de los fonemas consonánticos del español estándar (Gómez Asencio, 1992, 1993 y 1994) y sobre los fonemas vocálicos de las hablas andaluzas (Gómez Asencio, 1977) constituyen una reflexión pausada y clarividente sobre el método fonológico, y una crítica (a veces feroz) a ciertos posicionamientos lingüísticos. Por otro lado, estoy bastante

segura de que no habrá alumno de Hispánicas de la Universidad de Salamanca que no recuerde el manual de *Prácticas de fonética y fonología* —preparado en 1989 junto a Julio Borrego—, que ha divertido y torturado (en idéntica proporción), sigue haciéndolo, a miles de estudiantes. Durante 20 años se han ido sucediendo las reediciones y especialistas en la materia han alabado este manual didáctico que aún sigue sorprendiendo y sacando alguna sonrisa en mitad de una transcripción fonética.

Las clases de Fonética y Fonología forjaron adeptos y entusiastas, aunque también bastantes resignados, que no era materia digerible para todo el público. Eso sí: unos y otros coincidían en reconocer el magisterio de Pepe, su superioridad intelectual y su mirada inteligente y divertida en todo lo que explicaba. Esto es un hecho objetivo y constatado, y no un halago de discípula. Independientemente de la calificación final que hubieran obtenido, muchos recuerdan con cariño esa curiosidad suya por el lugar donde nacieron, su asombroso conocimiento de la geografía rural española (defecto profesional de dialectólogo) y una memoria prodigiosa y afectuosa sobre cada estudiante: en su despacho conservaba enmarcadas las orlas desde al menos la promoción 1997-2001, ahí es nada. También recuerdan sus oclusivas labiales sonoras de aquel “bombón buenísimo”, el “diga usted un número” que les mantenía en vilo para seleccionar al corrector de los ejercicios, o esa explicación apasionada de los distintos mecanismos de la corriente de aire. Adhesión total sobre lo que le tocaba explicar ese día, fuera lo que fuera. Esa era su enseñanza.

La razón, en buena medida, para escoger su asignatura optativa más adelante en tercer o cuarto curso, para muchos era que figurara Gómez Asencio como responsable en la guía académica. No tanto la temática. *Historia de la gramática española, a priori* les parecía algo alejado de sus intereses. Pero sabían dos cosas: (i) que esa era su asignatura y que la inclusión en el plan de estudios tenía que ver con una apuesta personal; y (ii) que si la clase sobre las /s/ apicoalveolares cóncavas y predorsales convexas había sido genial, las de Antonio de Nebrija serían ya el no va más. Y así fue. A partir del curso 1996/97 puso en marcha esta asignatura excepcional —son escasos los planes de estudio de Filología Hispánica en las universidades españolas que incluyen la materia historiográfica (de eso seríamos conscientes más tarde)— que ha formado a unos 600 estudiantes: no simplemente en historiografía de la gramaticografía española, como el nombre de la asignatura sugiere, sino —y esto fue mucho más importante y útil— sobre sus principios epistemológicos y metodológicos y sobre la tradición grecolatina en que se asienta. La materia logró despertar la conciencia histórica en aquellas mentes jóvenes tal vez más preocupadas por conocer la última novedad en lingüística; es decir, puso en valor la necesidad de analizar los orígenes y el desarrollo histórico de la gramática —en realidad, de cualquier disciplina—, siempre conforme al contexto del propio autor o texto y evitando enjuiciamientos anacrónicos, con el

fin de comprender mejor nuestra lengua y su codificación actual, o incluso para revelar análisis certeros que han pasado más desapercibidos y que pueden arrojar luz en determinados comportamientos lingüísticos. Daban ganas de aplaudir cuando descubrían con admiración las aportaciones del Díscolo a la sintaxis (“¡es muy fuerte!” increpaba al auditorio), cuando hacía desfilar al repertorio de alejandrinos por la clase, vivos y coleantes.

Pepe comentó en más de una ocasión que su vocación por la historiografía lingüística fue tardía: supongo que lo decía porque en sus comienzos prestó especial atención a la sintaxis sincrónica descriptiva del español y a la gramática pedagógica para extranjeros. Durante el periodo comprendido entre 1978 y 2002 publicó en colaboración con los colegas de la casa salmantina Julio Borrego, Juan Felipe García Santos y Emilio Prieto de los Mozos, 8 monografías y libros de texto, entre los que se incluyen obras de referencia para profesores de español (*Gramática española práctica*, *Temas de gramática española*, *Aspectos de sintaxis del español*), libros de texto con los que han estudiado un buen número de estudiantes extranjeros (*Así es el español básico*, *Progresos*, *Viaje al español* o *Es español*) y verdaderas joyas como *El subjuntivo: valores y usos*, posiblemente el libro más fotocopiado/escaneado después de que SGEL decidiera inexplicablemente dejarlo de reeditar en 2009. Primero, la reflexión inteligente y aguda sobre la sintaxis del español; después, su aplicación práctica o didáctica; por último, la historiografía de la gramaticografía española. Y es que, como afirmó en un texto preparado en colaboración con los profesores Pierre Swiggers y Esteban Montoro del Arco, “para llegar a una comprensión adecuada del ideario lingüístico [objetivo del historiador de la lingüística] es necesario tener una formación de lingüista” (Gómez Asencio, Montoro del Arco y Swiggers, 2014: 269). Por mucho que el investigador conozca la metodología, heurística y hermenéutica necesarias en la interpretación de los textos históricos, solo conociendo profundamente la lengua podrán hacerse los interrogantes oportunos y sabrá leerse lo que está menos a la vista. En eso Pepe también fue un maestro.

De todas formas, para ser una vocación tardía, ya en su tesis doctoral de 1980 se encontraban unos principios que él llamaba “de juventud”, pero que reflejaban muy tempranamente una conciencia y posicionamiento nítidos con respecto al quehacer historiográfico, unos axiomas de absoluta vigencia formulados antes de que la disciplina tuviera nombre. Hacía tan solo un par de años que se había celebrado el primer congreso de la ICHOLS (*International Conference On The History of The Language Sciences*) y faltaban cuatro años para la creación del *Laboratoire d'histoire des théories linguistiques* bajo la dirección de Jean-Claude Chevalier o la *Henry Sweet Society* en Oxford. Algunos especialistas de distintas partes del mundo —de forma prácticamente desconectada— estaban realizando sus tesis doctorales sobre historia de la lingüística, motivados en buena medida por la controvertida conexión que Chomsky había establecido entre el generativismo y la gramática general: Koerner

en Canadá (1971), Auroux en París (1972) o Breva-Claramonte en Estados Unidos (1977). En este contexto hay que situar el trabajo doctoral del profesor Gómez Asencio en España. Su tesis llegó en el momento de despegue e institucionalización de la disciplina y fue pionera en la materia en nuestro país: después vendrían otros trabajos historiográficos de futuros colegas y amigos (María Luisa Calero Vaquera, 1984; Margarita Lliteras, 1987; María Dolores Martínez Gavilán, 1989; María José Martínez Alcalde, 1990; Miguel Ángel Esparza Torres, 1992, por citar solo algunos) y la creación de la *Sociedad Española de Historiografía Lingüística* en 1995, de la que fue presidente entre 2015 y 2019.

Tras ciertos rodeos voluntarios e involuntarios, el resultado final de esa tesis constituyó su tratado sobre la gramaticografía del español entre 1771 (primera gramática académica) y 1847 (gramática de Bello), en el que se reconoce una técnica analítica e interpretativa peculiar y única: la que ha inspirado a no pocos discípulos y compañeros de especialidad. Sin arrogancia y silenciosamente, así era *modus operandi* del maestro. Era el *leitmotiv* que nos presentaba cada año a través de las palabras de Quintiliano en su *Institutio Oratoria*: “[la gramática] es la única que en toda clase de estudios tiene más de esfuerzo que de ostentación”.

En 2020, Pepe resumía sus herramientas “entre aprendidas e innatas”. Traigo sus palabras porque quién mejor que él mismo para explicarlo: (i) “aplicación [...] de la razón a toda pesquisa intelectual”, (ii) “necesidad de datos, de hechos [para poner en práctica] una especie de empirismo positivista”, (iii) “interés [...] por los detalles y apego a los textos”, (iv) “análisis pormenorizado”, (v) “atracción por organizar la información y por categorizar la *realidad* hallada” (¿recuerdan sus tablas?), (vi) esta, desde mi punto de vista, es una de las mejores enseñanzas: “voluntad por integrar hechos y datos en un sistema o modelo, y por no dejarlos sueltos, deshilvanados”, (vii) “anhelo de rigor sin concesiones a la banalidad o a la molicie”; y (viii) “incapacidad de dar un solo paso sin crítica y más autocrítica” (Gómez Asencio, 2020: 67).

La proyección internacional de Pepe fue una arista esencial en su trayectoria. Salir regularmente más allá del Tormes era una necesidad, un cambio de aires para aprender “modos de hacer distintos” o para compartir su vasto conocimiento con los que le invitaban una y otra vez. Lo admiraban profundamente y llenaba las aulas. Impartió clases durante más de quince veranos en la *Spanish School* de Middlebury College (Vermont) siempre acompañado por Lali y al principio también por Rafael y José —donde afianzó su eje norteamericano—, en Padua —eje italiano— y París (Paris XIII y Paris VII) —eje francés—. Además, realizó estancias de investigación en Bolonia, Nueva York, Lovaina —eje belga—, Santiago de Chile —eje chileno— y Postdam —eje alemán—. Así fue tejiendo una red de colaboradores sólida y duradera.

Paralela a su faceta de investigador (con 7 sexenios reconocidos por la CNEAI) estuvo la de gestor comprometido con la universidad española: dirigiendo másteres

durante periodos prolongados (en la Universidad de Salamanca y en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo), una institución como *Cursos Internacionales* de la Universidad de Salamanca, el Vicerrectorado de Profesorado y Organización académica y la propia Universidad de Salamanca. Cómo pudo permanecer en primera línea de investigación, incluso en los años de despacho en el Patio de Escuelas Mayores, solo puede explicarse por su enorme capacidad de trabajo y voluntad, y por qué no, también por la probable y comprensible necesidad de oxigenarse de la política universitaria. Incluso en ese periodo de ritmo vertiginoso cuando se trataban los asuntos importantes, Pepe sacaba ratos para los doctorandos que le traíamos nuestras trascendentes preocupaciones. Me parece que en esto también afloraban las enseñanzas de su maestro Llorente: su afición por la conversación, por crear buena sintonía entre los discípulos, generar ese sentimiento de pertenencia a un grupo (nunca sectario), conformar una escuela, ni más ni menos. Esto que parece natural y sencillo, es posiblemente —ahora me doy cuenta— lo más difícil de esta profesión nuestra.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcoba, Santiago, José J. Gómez Asencio y Julio Borrego Nieto (2002): *Es Español. Niveles Inicial, Intermedio y Avanzado*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Borrego Nieto, Julio, José J. Gómez Asencio y Emilio Prieto de los Mozos (1978): *Gramática española práctica*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Borrego Nieto, Julio, José J. Gómez Asencio y Emilio Prieto de los Mozos (1982a): *Temas de gramática española. Teoría y práctica*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Borrego Nieto, Julio, José J. Gómez Asencio y Emilio Prieto de los Mozos (1982b): *Así es el español básico*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Borrego Nieto, Julio, José J. Gómez Asencio y Emilio Prieto de los Mozos (1986a): *El subjuntivo: valores y usos*, Madrid, Sociedad General Española de Librería.
- Borrego Nieto, Julio, José J. Gómez Asencio y Emilio Prieto de los Mozos (1986b): *Progresos. Curso intermedio de español*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Borrego Nieto, Julio, José J. Gómez Asencio y Emilio Prieto de los Mozos (2000): *Aspectos de sintaxis del español*, Madrid, Santillana.
- Borrego Nieto, Julio y José J. Gómez Asencio (1989): *Prácticas de fonética y fonología*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Borrego Nieto, Julio, Juan Felipe García Santos, José J. Gómez Asencio, José J. y Emilio Prieto de los Mozos (1991-1992): *Viaje al español*, Madrid, Santillana.
- Gómez Asencio, José J. (1977): “Vocales andaluzas y fonología generativa”, *Studia Philologica Salamanticensia*, 1, pp. 115-130.
- Gómez Asencio, José J. (1981): *Gramática y categorías verbales en la tradición española (1771-1847)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Gómez Asencio, José J. (1985): *Subclases de palabras en la tradición española*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Gómez Asencio, José J. (1992): “Las unidades fonológicas nasales del español”, en José Antonio Bartol Hernández et al. (eds.), *Estudios filológicos en homenaje a Eugenio de Bustos Tovar*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 379-394.

- Gómez Asencio, José J. (1993): “Los fonemas líquidos del español”, en *Antiqua et Nova Romania. Estudios lingüísticos y filológicos en honor de José Mondéjar en su sexagésimoquinto aniversario*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, pp. 33-44.
- Gómez Asencio, José J. (1994): “Los fonemas consonánticos no líquidos orales del español”, en Alegría Alonso *et al.* (eds.), *Actas del II encuentro de lingüistas y filólogos de España y México*, Salamanca, Junta de Castilla y León y Ediciones de la Universidad de Salamanca, pp. 9-30.
- Gómez Asencio, José J. (2000): “Esto no es una nota necrológica”, *Revista de Filología Española*, LXXX, 3.º-4.º, pp. 385-394.
- Gómez Asencio, José J. (2016): “Quintaesenciar y reducir la «gramática»: gramáticas minoradas del español”, en Antonio Salvador Plans *et al.* (eds.), *La Historiografía Lingüística como paradigma de investigación*, Madrid, Visor Libros, pp. 443-462.
- Gómez Asencio, José J. (2020): “A propósito de la historiografía de la gramaticografía: Unas respuestas a unas preguntas”, *Anales de lingüística*, 4, pp. 57-93.
- Gómez Asencio, José J., Esteban Montoro del Arco y Pierre Swiggers (2014): “Principios, tareas, métodos e instrumentos en historiografía lingüística”, en María Luisa Calero *et al.* (eds.), *Métodos y resultados actuales en Historiografía de la Lingüística*, Münster, Nodus Publikationen, ppJ. 266-301.
- RAE: *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., <<https://dle.rae.es>>.